

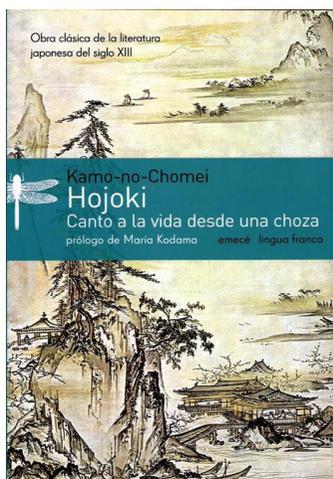
HOJOKI. CANTO A LA VIDA DESDE UNA CHOZA
Kamo-no-Chomei (2009). Traducción: Masateru Ito.
 Buenos Aires: Emecé Editores.

Escribir es una celebración, una inmensa alegría, porque se tiene la oportunidad de dar a conocer a un autor y establecer vínculos con los lectores que harán que esa obra perdure a través del tiempo.

Cuando el libro pertenece a otra cultura, distante y a la vez poco conocida en profundidad, el placer es aún mayor. En este caso se trata de *Hojoki, canto a la vida desde una choza*, de Kamo-no-Chomei. Su autor lo redactó en 1212. La edición más antigua y segura se encuentra en el Museo Nacional de Kioto; es una copia manuscrita que data del inicio del Período Kamakura (1192-1333), guía de la presente traducción, llevada a cabo admirablemente por Masateru Ito.

El traductor elige el camino más difícil pero que, como él mismo lo expresa, siente que condice con la esencia de la obra. Si bien el original está en prosa, él utilizará la poesía para darnos toda la complejidad y la belleza del texto.

Hojoki está basado en una obra en prosa del siglo x, *Chiteiki*, escrita en el año 982 por Yoshishigeno Yasutane. Chomei, sin embargo, va a otorgarle otra dimensión con observaciones surgidas de su propia experiencia. No podemos considerar *Hojoki* una mera traducción de *Chiteiki*. Hay sustanciales diferencias; por ejemplo, la manera en que escribe las calamidades que vivió —terremotos, incendios y epidemias— es vívida y de una crudeza impensada, como el relato que hace de las calles de Kioto llenas de cadáveres después de la hambruna a la que se sumó la epidemia.



Esta descripción bastaría para mostrar la diferencia entre la cultura aristocrática en su punto más alto y su período de decadencia. Otra diferencia que podemos señalar es en el tono religioso: mientras en *Chiteiki* el recitado del Nembutu, oración a Amida, formaba un todo con los placeres de aislamiento, de la soledad, para Chomei era una práctica del real significado. Cito: «Me hago estas preguntas... en mi corazón no hay respuesta. Lo más que puedo hacer es murmurar dos o tres veces por día, acaso una inútil invocación a Amida».

La decadencia del Período Heian queda al descubierto cuando el poder político del Japón pasa a manos de la casta militar y la capital se traslada de Kioto a Kamakura. Sin embargo, la nobleza junto con el clero budista continúan rigiendo la clase literaria.

El papel de la literatura en la cultura japonesa es mucho más grande y profundo que lo que habitualmente encontramos en otros países. La gran amplitud de la cultura y de la sociedad japonesa en este momento consiste en que, al no poseer una visión del mundo que incluya valores trascendentes, absorbe lo nuevo con facilidad, sumándolo a lo ya existente, sin descartar lo antiguo. Lo que llega de afuera, sea literario, religioso u otras ideas, no perturba ni altera lo ya establecido, de modo que no plantea ningún tipo de enfrentamiento y por lo tanto se integra con facilidad.

Cuando se produce la declinación del Período Heian y comienza el de Kamakura, uno no desecha al otro sino que se establece una mutua dependencia por la cual gobiernan ambos.

Los intelectuales, poetas y músicos reaccionarán de distinta manera ante el poder, cuyo centro era ahora Kamakura. Algunos de ellos quedan prisioneros en un recuerdo nostálgico del tiempo, de una época definitivamente perdida. Gracias a esto Kamo-no-Chomei encuentra su camino, se retira a la montaña y escribe sus observaciones claras y certeras sobre ese mundo al que renuncia. La caída del Período Heian no es, en absoluto, motivo de frustración; es la posibilidad de un nuevo mundo, su mundo a través del aislamiento, y casi con la minuciosidad de un entomólogo se interesa en lo que lo rodea, tratando de descubrir y de verificar lugares o ríos mencionados en antiguos poemas. Esta necesidad de una descripción «científica» de la realidad, de una descripción concreta es típica del Japón, para el que la descripción concreta es más fuerte que la abstracción. Toda

la tradición japonesa se basa en que los hechos son más importantes que los principios universales, la experiencia cotidiana cuenta más que los conceptos trascendentales. Como lo expresa su traductor Masateru Ito: «La obra... es un proceso, es la búsqueda en sus experiencias del sentido de la vida que el autor observa en sí mismo y trata de esclarecer inquiriéndose:

“¿Cómo debo vivir?”»

Hojoki comienza resaltando la transitoriedad de la vida:

*La corriente del río
jamás se detiene,
el agua fluye
y nunca permanece
la misma.*

Esto trae a mi memoria otro nombre, otra época, otro lugar geográficamente distinto, Heráclito y su imagen del río que fluye y la reflexión que hace: «Nadie se baña dos veces en la misma agua».

Uno se pregunta si la distancia, el idioma, los siglos, realmente cambian la esencia de los hombres o es sólo una mera ilusión. Barajando hipótesis uno piensa si la teoría del tiempo cíclico, del eterno retorno, la repetición de los mismos errores y de los mismos aciertos a través de los siglos no la hace más verosímil que otros sistemas de pensamientos. Otra conjetura inquieta nuestro espíritu... ¿y si sólo fuéramos réplicas imperfectas de esos arquetipos que imaginó o vio Platón?

María Kodama